



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

Agora
DE PAPEL

El Porvenir
Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 30 DE NOVIEMBRE DE 2025

Olga de León G./Carlos A. Ponzio de León

El temerario desquite

VOLVERÁN LAS HERMOSAS

GOLONDRINAS

OLGA DE LEÓN G.

A mí me gustan todas las golondrinas, las de diversos tamaños y variedad de colores. Y, aunque estoy particularmente acostumbrada a ver las más sencillas y simples, las que circundan el pedazo de cielo de la región donde vivo, y que alcanzo a ver desde el balcón de mi estudio, o a través del cristal de la ventana que está en mi recámara, esas que a veces, no siempre pero sí con alguna frecuencia, se acercan a repiquetear en el cristal. No sé si lo hacen para llamar mi atención o solo para ver si aún estoy dormida, o ya me desperté.

Suelo inventarme historias acerca de las golondrinas y otras aves de temporada; y pienso que -por lo menos las golondrinas- saben que lo hago, por eso me visitan.

No son las golondrinas de Gustavo Adolfo Bécquer. Desde luego que no. Esas jamás volverán. Pero mis hermosas golondrinas, las que me vieron buscarlas con afán lírico enamorada del arte, tanto como del encanto de la naturaleza, esas sí regresarán.

Soy soñadora por esencia y pensante por artificio de la ciencia... Que poesía y ciencia, ambas son arte o poesía libre que se quiebra en el remanso de un río y se despeña desde lo alto de la cima del monte Everest, el más alto del mundo, que forma parte de la enorme cadena montañosa del Himalaya. Cordillera que se extiende por cinco países de Asia. Ella, cual poesía libre y bien amada, viaja con el viento, desde la Patagonia hasta el fin del Polo Norte, pasando por Canadá y Alaska.

La poesía no tiene límites terrenales, tampoco a la ciencia se le han podido poner grilletes, ambas se renuevan crecen y vuelan.

Los versos más libres del Universo son los que nadie aún ha escrito. Igual que a las golondrinas, nadie ha osado ponerles grilletes o cadenas que las detengan en parte alguna: ellas son libres de ir o venir. Me fascinan las de plumaje azul metálico por encima y blanco o aura en el pecho. Mas siguen siendo mis consentidas las más sencillas y humildes en su apariencia, pero sabias y amorosas con quienes las recuerdan.

Quizá se deba a que igual me enamoré de un hombre sencillo y humilde en sus orígenes, pero sabio en su aprendizaje de la vida y amoroso con los humildes y con su familia, la que formamos un día, tras visitarme varias veces donde yo vivía... e insistir con su amor, como ninguno otro pudo hacerlo. Y, no lo intimidó ni mi altanería ni el origen diverso de mi familia al de la suya: quiso crecer... y creció.

“Volverán las hermosas golondrinas...” No, ya no volverán. La vida sigue y el tiempo pasa. Nada es lo mismo ayer que hoy. Pero, siempre tendremos la esperanza de que el mañana puede ser mejor. Desde el Polo Norte hasta la



Patagonia. Y, desde el Everest hasta el cauce del río Pánuco. Mis hermosas golondrinas volverán, renacidas en sus bebés golondrinas.

La historia es el hilo conductor que nos hace fuertes e invencibles, cuando aprendemos lo mejor de ella y de nosotros mismos.

Aprendamos, hoy, a declamar:

Tras el diluvio y las inundaciones

Vinieron días y tiempos de sequía.

Mientras dormíamos y soñábamos

que todo era maravilloso y dulce,

como en un cuento de hadas,

el cielo se oscureció y lloró, y lloró.

Nada fue nunca más lo mismo.

Las golondrinas huyeron, dejándose

sin su presencia y sin mi amor.

Fueron los años grises y el tiempo

agotó su paso sin percatarnos:

no hubo diluvios, tampoco sequías

mas el tiempo voló suavemente...

como si no quisiera irse,

como si supiera que algo fantástico

sucedería:

las golondrinas volverían.

...a asomarse al cristal de mi balcón.

Y extasiadas contemplarían

Tu silueta y la mía fundidas

cual solo una luz en la noche oscura

de aquel enero veintitrés.

“Volverán las oscuras golondrinas”

Una vez más a mirar nuestros ojos

Y tristes, muy tristes, llamar al

cristal.

¡Qué diera hoy, solo por un instante,

llamarme poeta y a Gustavo emular!

Volverán mis hermosas y oscuras

golondrinas,

extasiadas mirarnos tras el cristal...

No, no volverán. Lo supe ayer y hoy

igual.

LA AUSENCIA BÁSICA

CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

He tenido cuatro esposas. No incluyo a novias, amantes, amoríos, ni amigas. Esposas; legalmente: tres y media; cuatro frente a Dios.

Las esposas son siempre una trampa. No significa que uno no deba casarse; pero esto es algo que debe tomarse en cuenta. El esposo también es una trampa para la mujer y lo mismo aplica.

En mi caso, cuando la diversión se acaba para ambos, llega el divorcio; así de simple. ¿Y la contracción de nupcias? Por periodos, la necesidad de compañía es única. Para mí, el matrimonio sí es un compromiso eterno hacia ellas, aunque el matrimonio no lo sea. No adquiero compromisos eternos únicamente con mis esposas, (tampoco únicamente con mujeres), pero en este caso, sí se trata de uno muy particular. No interesan aquí los detalles.

El motivo del discursito es doble: ¿Por qué alguien se casa varias veces? Y, ¿por qué alguien deja de casarse? Parte de la respuesta está dada: La felicidad. Pero dejar ahí la respuesta, sería una falta de respeto para la Filosofía. ¿Qué causa que la diversión se agote? Hay elementos que detienen el movimiento Newtoniano de la conservación del amor terrenal.

La primera esposa: La blusa blanca de los veranos, bordada con promesas que aún no sabían su nombre. Nuestro amor era como un par de zapatillas de lona que nunca se tiran, aunque el tiempo las desgaste: testigos de la carrera eterna, con sus vuelos y sus tropezos. Vivíamos frente al espejo de su tocador. Cada hebilla en su cabello era un voto silencioso de eternidad. Si el mundo hubiese ardido, ella se hubiese lanzado al fuego

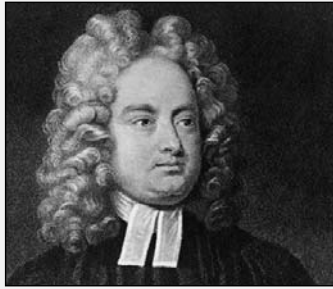
para proteger el matrimonio, sin pensarlo. Porque en su costurero, sólo había hilo para un nombre, y cada puntada tejía la certeza de que ese amor sería eterno. Hasta que el mundo ardió realmente y ella se atemorizó; no creyó que seríamos capaces de sobrevivir. El miedo la hizo sucumbir. El miedo.

La segunda. La jineta del claro, la que galopaba entre helechos con la risa como estandarte y la aventura como promesa. Su amor no era flor de invernadero, sino raíz de encino que se aferra a la tierra incluso en tormenta. Cuando el peligro rondaba como lobo, ella no temblaba: se alzaba madura, cortante y dorada, lista para defender el campo que era su matrimonio. En su pecho ardía el sol de las colinas y en sus manos danzaban los vientos del bosque, siempre dispuestos a abrir senderos donde otros veían maleza. Yo la amaba por su alegría que brotaba como manantial entre piedras, y por su terquedad de roble, incapaz de doblarse ante la sombra. Era mi compañera de travesía, la que convertía cada día en una expedición hacia lo eterno. Hasta que un día, la tormenta derribó la casa y se atemorizó. El miedo la derrotó. El miedo.

La tercera fue el hilo de seda que une sin herir, la pincelada suave que da vida al rostro en la cerámica húmeda. Su ternura no era debilidad, sino temple de vidrio soplado: frágil en apariencia, pero capaz de resistir el fuego. Cuando el monstruo emergió del oscuro barro, ella no tembló; con manos de encajera, le arrancó la espada deshaciendo un nudo antiguo, y la empuñó con firmeza, como quien ha bordado su destino punto por punto. Su inocencia era su escudo, barniz de luz sobre la madera del alma, y su amor, una joya tallada con paciencia, capaz de cortar la sombra. Porque lo suyo no se mendiga: se protege como se protege una obra única, tejida con hilos de corazón y esmalte de eternidad. Pero un día, la espada de fuego la amenazó y corrió espantada con miedo. El miedo.

La cuarta caminaba como si la tierra la recordara desde antes del tiempo, con la piel tejida en pétalos de magnolia y la mirada más sabia que el fuego. Su alma había sido bordada con hilos de amor que no se rompen ni ante el rugido del abismo. Su belleza no era ornamento, sino fuerza que florece, como jardín que desafía al invierno. Cuando el infierno se asomó con garras de sombra, ella lo enfrentó con la ternura de una flor que no se doblega, con labios que pronuncian verdades como bálsamos y manos que saben curar o destruir, según lo que el amor le dicte. En su abrazo, el mundo se redimía; en su paso, la oscuridad se disolvía como perfume en la brisa. Ella era la flor que no se marchita, la piel que no se quema, el amor que no se rinde. Pero un día, el Universo entero confabuló contra ella, y ella huyó arrebatada por el miedo. El miedo.

El miedo nos hizo sucumbir; el miedo se ha acabado.



Jonathan Swift

(Dublín, 1667-1745) Escritor irlandés. Estudió teología en el Trinity College de Dublín, y tras estallar la guerra civil se trasladó a Inglaterra, donde obtuvo el puesto de secretario del diplomático sir William Temple, pariente lejano de su madre. Conoció a Esther Johnson, la hija de Temple, quien se convertiría en la destinataria de una serie de cartas íntimas, publicadas póstumamente en 1766 con el título de Cartas a Stella (Journal to Stella); algunos biógrafos sostienen que llegó a casarse con ella en secreto.

Las malas relaciones con su protector lo llevaron otra vez a Dublín, donde se ordenó sacerdote en 1694. Después de trabajar un año en la parroquia de Kilroot, y reconciliado con Temple, regresó a Londres para participar activamente en la vida política, religiosa y literaria de la ciudad.

Aunque en un primer momento estuvo cercano a los whigs, tras la subida al poder de los tories escribió una serie de panfletos en su favor y contra los whigs que se caracterizaron por su gran agudeza y mordacidad, y que le llevaron finalmente a dirigir el Examiner, periódico del Partido Conservador. En su panfleto La conducta de los aliados (The Conduct of the Allies, 1711) acusaba al Partido Liberal de alargar en interés propio la guerra de Sucesión española, lo que motivó la dimisión del comandante de las fuerzas armadas.

La habilidad como satírico de Swift se evidencia en sus primeros libros: La batalla de los libros (The Battle of Books, 1697) ridiculiza las discusiones literarias en boga que contraponían la calidad de las obras de la Antigüedad a las modernas, adoptando el autor una posición favorable a los clásicos, mientras que Historia de una bañera (Tale of a Tub, 1704), sátira sobre la pretenciosidad e hipocresía en el terreno de la religión y la literatura, le supuso la pérdida de sus prerrogativas en la Iglesia Anglicana.

Tras la muerte de su protector, en 1699, se había trasladado a Irlanda, donde tras ejercer diversos cargos eclesiásticos fue nombrado deán de la catedral de San Patricio (1713-1745). Realizó por entonces numerosos viajes a Londres para mantener su actividad política, hasta que en 1718, con la caída del gobierno, perdió toda su influencia.

Entre 1724 y 1725 publicó una serie de panfletos a favor de la moneda irlandesa, las Cartas de un pañero (Drapier's letters, 1724), que significaron la revocación del permiso para acuñarla, y más tarde Una modesta proposición (A modest proposal, 1729), en la que ironizaba sobre la posibilidad de vender a los hijos de los irlandeses pobres como alimento para los ingleses ricos, para el bien de la patria y de ambas clases sociales. Por estas obras sería considerado más adelante como un héroe del nacionalismo irlandés. Afectado al parecer por un tumor cerebral, sus últimos años se vieron marcados por una progresiva demencia.

La obra que indiscutiblemente aseguró a Jonathan Swift la gloria literaria fue su novela Viajes de Gulliver (Gulliver's Travels, 1726), sátira imaginativa y pesimista de la sociedad que se convertiría, curiosamente, en un éxito de la literatura infantil. El descubrimiento por parte del protagonista de países imaginarios, integrados por ejemplo por seres minúsculos (Lilliput) o gigantes (Brobdingnag), le sirve al autor para lanzar una sátira aguda e inmisericorde sobre la política y las relaciones sociales de su época, de un tono negativo rayano en la misantropía. El estilo de Swift, austero y directo, alcanza sus mejores resultados en la sátira, el género que siempre cultivó y en el cual demostró sus inmensas dotes imaginativas y para la crítica social.

ad pédem literae

Si dices la verdad, no tendrás que acordarte de nada.

Mark Twain

Letras de
buen humor

Es mejor tener la boca cerrada y parecer estúpido que abrirla y disipar la duda

Mark Twain

Mónica Lavín

Las bibliotecas, espacio de resistencia

La Revista de la Universidad de México cumple 95 años. El tema: las bibliotecas. Las revistas viven en bibliotecas. Son en sí mismas constancia de los cambios del pensamiento, los modos de vida, las miradas de autores, la elección de los temas a lo largo del tiempo. La Revista de la Universidad de México ha sido parte de la vida de muchos en sus numerosas etapas y diseños: su elegancia tabloide, el momento de papel revolución, el formato carta que ha tenido en algunas ocasiones y que tiene en este número bajo la dirección de Jorge Comensal.

Las bibliotecas, ese tercer espacio como lo define Daniel Goldin, quien fuera director de la biblioteca Vasconcelos, en el texto donde comparte su proyecto de creación de una biblioteca pública llamada Jardín LAC Vizcainas, las siglas corresponden a lectura, arte y conversación, que pronto abrirá sus puertas. Ese tercer espacio que no es la casa ni el trabajo, que no es la casa ni el aula. Donde no sólo se lee y se guarda silencio sino que hay actividades y otras maneras de disfrutar el espacio que resguarda el pasado para que la libertad de lectura, la curiosidad o necesidad del conocimiento, la importancia de preservar

la memoria nos dé identidad y orgullo, nos ancle a un pasado y despierte futuras ideas. Laberintos mágicos, utopías inalcanzables porque jamás podremos abarcar ni una mínima parte de su contenido.

Artículos como el de Hera Lindsay Bird, poeta que comparte su experiencia como bibliotecaria de una secundaria, me remite a mi propia relación con la biblioteca escolar. En la escuela en la que estudié teníamos la obligación de hacer un reporte mensual de lectura en la primaria. La que la dirigía se llamaba Miss Daily. Señorita Todos los días. Qué buen nombre para una bibliotecaria que aspira a crear el gusto lector. Ahí comprendí los códigos de préstamo y devolución.

Leila Guerriero nos comparte en este número que festeja los 95 años de la revista, con una mirada a su biblioteca personal. Su apego a las paredes de libros en su espacio en Buenos Aires, cómo Rodrigo Fresán la encaminó hacia la lectura de autores estadounidenses del siglo XX y XXI y esos ocupan gran parte de sus repisas. La Revista de la Universidad de México hace énfasis en lo vivo que es una biblioteca cuando María Andrea Giovine Yáñez, directora de la biblioteca de México



en la UNAM afirma que la labor de las bibliotecas es un contrapunto poético a la efímera vorágine del contenido digital. Son albergues, constancia de lo que permanece a pesar de que cambia.

Son también, dice Alberto Manguel, símbolos culturales de poder, por eso su destrucción. En las diversas guerras se ha pretendido borrar el pasado subrayando la sumisión a nuevos códigos y versiones de la propia historia. Pero las bibliotecas no mienten, incluso como fantasmas, como vestigios de lo que fueron. Sor Juana Inés de la Cruz tuvo también que desprenderse del tesoro de sus libros amasado a lo largo

de más de 25 años de pertenecer a la orden de las San Jerónimo. “Donarlos o venderlos para aliviar la pobreza” fue lo que le requirió el arzobispo Aguiar y Seijas a una mujer pensante, que le estorbaba. La biblioteca de Sor Juana era el espacio de esa libertad lectora y la de palabra, que un laboratorio del pensamiento y la imaginación, como son las bibliotecas, podía ofrecerle. Por eso las bibliotecas son espacios de resistencia donde habita lo que somos y lo que hemos sido y un horizonte de futuro. Enhorabuena al casi centenario cumpleaños de una revista que aceita nuestros asombros, apetitos estéticos y andamiajes de ideas.